

## HOMILIA POSESIÓN DIOCESIS YOPAL

A todos mi afectuoso saludo.

La página evangélica de San Mateo que hemos escuchado (cf. Mt 28, 16-20), presenta el momento de la despedida definitiva de Jesús Resucitado a sus discípulos. Al verle, unos le adoraron, otros dudaron. A ellos, Jesús anuncia la urgente tarea de evangelizar el mundo y concretiza esta misión con la orden de hacer discípulos bautizándolos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que les había mandado. Esta misión durará hasta el final y gozará de la asistencia del Señor resucitado: “Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”.

¡Qué hermosa es la misión de la Iglesia! Estamos invitados a comprender mejor que Dios nos ha dado la gran dignidad y la gran responsabilidad de anunciarlo al mundo. He aquí nuestra dignidad, he aquí el mayor honor de cada uno de nosotros, de todos los bautizados. Nos ponemos con todas nuestras fuerzas, al servicio de esta misión, que implica la voluntad de servir al mundo entero en la verdad, la justicia y la paz, tomando conciencia de ser sal de la tierra y luz del mundo. Siguiendo el ejemplo de Cristo, Sacerdote, Profeta y Pastor, llevamos el mensaje de la salvación a todos los hombres, incluso a quienes están alejados e indiferentes.

El Concilio Vaticano II, en la Constitución sobre la Iglesia, nos enseña: « *La Iglesia, que debe extenderse a todos los pueblos, entra en la historia humana, pero rebasando a la vez los límites del tiempo y del espacio. Y mientras camina a través de peligros y tribulaciones, es confortada por la fuerza de la gracia divina que el Señor le prometió, para que a pesar de la debilidad humana no falte a su fidelidad absoluta, antes bien, se mantenga esposa digna de su Señor y no cese de renovarse a sí misma, bajo la acción del Espíritu Santo, hasta que por la cruz llegue a la luz sin ocaso* » (L G, 9).

En la tarea de la evangelización no estamos solos: Jesús es el Emmanuel, Dios con nosotros, y con su poder y eficacia, permanece hasta el fin de los tiempos. Somos conscientes que esto no depende de nuestras fuerzas, sino

que con la luz del Espíritu Santo podemos cumplir la misión de comunicar el amor de Dios a todos los hombres.

Es importante preguntarnos: ¿Qué quiere Dios hoy de nosotros? ¿Qué nos pide como Iglesia ante la situación del mundo? Lamentable la situación de tantos hermanos sin fe, en la indiferencia espiritual, el egoísmo, buscando sólo la vida fácil, en medio de tanta violencia y corrupción. La sociedad nos está planteando grandes retos. El Papa Francisco, en la Exhortación Apostólica La Alegría del Evangelio, afirma: “Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: **salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan de la luz del Evangelio**”.

El Apóstol Pablo, en la Carta a los Corintios que hemos escuchado, nos invita a entender que la luz del Evangelio se manifiesta en “El amor de Cristo que nos apremia”. Dios ha reconciliado a los hombres con Él por medio de su Hijo que cargó con nuestros pecados y murió en la cruz por todos nosotros. Como enviados del Señor necesitamos ser embajadores de la reconciliación y promotores de la misericordia divina.

Al iniciar el ministerio en esta Iglesia particular de Yopal, elevo mi canto de acción de gracias a Dios y reconozco la tarea evangelizadora realizada a lo largo de todos estos años por las personas y comunidades que han animado la fe: los Jesuitas, los Dominicos, los Redentoristas. De modo especial, los Agustinos Recoletos, a quienes se encomendó el Vicariato Apostólico del Casanare, erigido el 17 de junio de 1893 (hace 124 años) y se nombró como primer Vicario a San Ezequiel Moreno Díaz. Pido su intercesión para esta porción del pueblo de Dios.

En octubre de 1999, el Papa Juan Pablo II (hoy Santo) suprime el Vicariato de Casanare y erige la Diócesis de Yopal y el Vicariato Apostólico de Trinidad. Monseñor Olavio López Duque (qepd) continuó el pastoreo como Vicario en la Diócesis. En septiembre de 2001 toma posesión como primer obispo de Yopal, Monseñor Misael Vacca Ramírez, a quien agradezco su dedicación y testimonio en la misión realizada. A partir del año 2015, el P. Wilson

Chaparro fue nombrado Administrador Diocesano; le agradezco su generosidad, testimonio y entrega a la tarea encomendada. Evoco la bendición de Dios para todas las personas que unidas a estos pastores aportaron a la edificación de la Iglesia.

Al aceptar con fe y humildad la tarea como pastor de esta porción del pueblo de Dios, hago propias las palabras del Apóstol Pedro: *“Aparentad el pueblo de Dios que se os ha confiado, gobernándolo no a la fuerza, sino de buena gana según Dios; no por mezquino afán de lucro, sino de corazón; no como tiranos sobre la heredad del Señor, sino haciéndoos modelo del rebaño. Así, cuando se manifieste el Pastor Supremo, recibiréis la corona de gloria que no se marchita”* (1Pe. 5, 2-4).

Los invito, amados hijos de esta querida familia diocesana de Yopal, a que caminemos juntos y de la mano de Dios con la tarea de llevar el mensaje de salvación a todos los hermanos.

Concluyo esta homilía, agradeciéndole primeramente a Dios que me ha llamado por su amor y bondad, conociendo mi pequeñez, al ministerio episcopal.

Le agradezco, por su medio Señor Nuncio, al Santo Padre, el Papa Francisco, por confiarme esta misión en calidad de Obispo de Yopal.

Al Señor Arzobispo de Medellín, Monseñor Ricardo Tobón Restrepo, de quien recibí la ordenación episcopal hace 6 años, le agradezco su paternidad, acompañamiento y escuela durante mi permanencia en Medellín. En comunión con los Obispos Auxiliares, los sacerdotes y toda la familia arquidiocesana, pude gozar de las bondades de Dios en la tarea evangelizadora: crecer en la fe y servir a mis hermanos.

A la Diócesis de Cartago donde Dios quiso llamarme al ministerio sacerdotal, gracias. Al Señor Obispo, Monseñor Alejandro Castaño, al clero, al Seminario Mayor y todas las comunidades por tantas bondades recibidas, Dios les bendiga

A la Conferencia Episcopal de Colombia que me abrió las puertas a la comunión con mis hermanos en el episcopado y en el servicio a todas las jurisdicciones le deparo mi respeto y gratitud. Y a ustedes hermanos, arzobispos y obispos aquí presentes, agradezco su cercanía, amistad y testimonio de vida.

Y finalmente, a mi querida familia, amigos y comunidad aquí presente, pido a la Santísima Virgen María y a San José, su esposo, intercedan a Dios para que derrame abundantes bendiciones en cada uno de ustedes y les permita crecer en unidad, justicia, amor y paz. Amen.